

como son hermosas estas yerbas en igualdad y parecer, así lo es, y no menos agraciado, el rostro del esposo; y así añade: «De plantas olorosas.»

Dice mas: «Los labios como azucenas.» Dioscórides, en el capítulo que trata de ellas, confiesa que hay un género de ellas coloradas como un carmin, á las cuales se entiende en este lugar ser semejantes los labios del esposo, que no solo eran colorados, sino olorosos tambien; y por eso añade: «De los cuales se destila mirra que corre;» esto es, fina y preciada, como habemos dicho.

Es muy digno de considerar aquí el grande artificio con que la rústica esposa loa á su esposo; porque los que mucho quieren encarecer una cosa, alabando y declarando sus propiedades, dejan de decir los vocablos llenos y propios, y dicen los nombres de las cosas en que mas perfectamente se halla aquella propiedad y calidad de lo que loan, lo cual da mayor encarecimiento y mayor gracia á lo que se dice; como lo hace aquel gran poeta toscano, que habiendo de loar los cabellos, los llama oro; á los labios, rosas ó grana; á los dientes, perlas; á los ojos, luces, lumbres ó estrellas; el cual artificio se guarda en la Escritura Sagrada mas que en otra del mundo; y así, vemos que aquí la esposa procede de esta manera. Porque, diciendo de los ojos que son de paloma, dice mas que si dijera que eran hermosos; y las mejillas como las hileras de las plantas, las loa mas que si dijera parejas iguales y graciosas; y por el mismo tenor alaba las manos, diciendo:

«Las sus manos como rollos de oro que viene de Tárzis.» En lo cual alaba la gracia y composicion de ellas, por ser largas y los dedos rollizos, tan lindos como si fuesen torneados de oro, y la piedra tárzis, que se llama así de la provincia donde se halla, es un poco entre roja y blanca, segun la pinta un hebreo antiguo llamado Alvenecio; y segun esto, da á entender la esposa las uñas en que se rematan los dedos de las manos, que son un poco rojas y relucientes, como lo son las piedras preciosas de Tárzis. Y por tanto, las manos en su hechura y con sus uñas son como rollos de oro rematados en tárzis, que diciendo aquí de las manos que son como rollos de oro, solamente habla de la hechura y gracia de ellas; que del color ya ha dicho que son blancas y coloradas cuando arriba dijo: «Mi esposo blanco y colorado.» Luego dice por el mismo estilo y semejanza de hablar:

«El su vientre blanco diente, adornado de zafiros.» Su vientre, esto es, su pecho y sus carnes, blanco diente; esto es, marfil que se hace de los dientes de los elefantes, que son blanquísimos. «Adornados de zafiros,» que son piedras de gran valor, bermejas algo al parecer, que es decir: Todo él es pulido, y así lucido y resplandeciente como una piedra de marfil blanquísima cercada de piedras preciosas.

«Las sus piernas, columnas de mármol fundadas sobre basas de oro fino;» en que se muestra la firmeza y gentil postura y proporcion de ellas; y habiendo loado á su esposo tan en particular como habemos dicho y visto, señalando su belleza por sus partes desde la cabeza hasta los piés, torna, como no bien satisfecha de lo dicho ni de las señas dadas, á comprehender en

breves palabras lo que ha publicado; y ahora muéltomas, diciendo:

«El su semblante como el del Líbano;» en que muestra con harta significacion la majestad, hermosura y gentil postura del esposo, como lo es cosa bellísima y de gran demostracion de majestad un grande monte alto, cual es el Líbano, de espesos y deleitosos árboles, al parecer de los que le miran de lejos. Dice mas:

«Erguido como cedro.» En nuestro castellano, loando á uno de bien dispuesto, suelen decir: Dispuesto como un pino; que así el pino como el cedro son árboles altos y bien salidos. Donde decimos *erguido*, la palabra hebrea *tob* quiere decir escogido, y es propiedad de aquella lengua llamar así á los hombres altos y de buen cuerpo, porque á la verdad, la disposicion los diferencia y hace como escogidos entre los demás. Así dice en el primero de los *Reyes* el capítulo 9, del padre de Saul, que tenia un hijo llamado Saul, que era escogido y bueno, esto es, hermoso y bien dispuesto, como de hecho lo era Saul. Asimismo en el capítulo 11 del *Eclesiastes*, donde dice la letra vulgar: «Huégate, date al placer, ándate á la flor del berro, mancebo, en la juventud; que presto te se pedirá cuenta estrecha;» está la misma palabra, que es decir: «Huégate, erguidillo;» en lo cual, como se ve claro, el Espíritu Santo usa de un donaire por el cabo bellissimo, que siendo su intento en aquellas palabras, usando de una artificiosa y fingida simulacion, y como pervirtiéndolas, debajo de alargarles la vanidad á los mancebos, escarnece de su liviandad, que se andan siempre al buen tiempo, y cogiendo, como dicen, la flor del berro, desacordándose de lo que está por venir y les puede suceder; así que, siendo el intento del Señor reprender moñando el desacuerdo de los mancebos y amenazallos con pena, no les llama con el nombre propio de su edad, sino llámalos *erguidos*, usando del nombre que declarase al natural el brio, altivez y lozanía, que es la fuente de donde nace no mirar ni curar lo que está por venir, y aquel coger sin rienda y sin medida el fruto del deleite y el pasatiempo presente, que tanto reprehende.

Pues tornando á nuestro propósito, concluye la esposa finalmente, diciendo: «El su paladar;» esto es, su habla *dulzuras*; esto es, dulcísima y suavísima; y todo él deseo;» esto es, amable, y tal, que convida por todas partes á que le deseen y se pierdan por él los que le ven. «Tal es mi amado y tal es mi querido, hijas de Jerusalem;» como si añadiendo dijese: Porque veais si tengo razón de buscallo y de estar ansiosa en no hallalle.

Sabidas las facciones y señas por aquellas dueñas de la esposa, y conociendo con cuán justa razon la tenia el esposo enamorada, y se atormentaba y acuitaba por su ausencia, y moviéndolas agora á compasion su tormento, con el deseo de remedialle, piden de nuevo á la esposa que, si sabe, les diga hacia dónde cree ó imagina haberse declinado su amado, porque se lo ayudarán á buscar; y así dicen: «¿Adónde fué tu amado, bellissima entre las mujeres? ¿Hacia dónde se volvió tu amado, y buscarle hemos contigo?» A lo cual parece que responde en lo primero del capítulo que se sigue, diciendo:

CAPÍTULO VI.

ESPOSA.

1 El mi amado descendió á los huertos míos, á la tierra de los aromas, á apacentar entre los huertos y coger las flores.

2 Yo al mi amado, y el mi amado á mí, que apacienta entre las flores.

ESPOSO.

3 Hermosa eres, amiga mia, como Tirsa, bella como Jerusalem, terrible como los escuadrones con banderas tendidas.

4 Vuélvete los ojos tuyos que me hacen fuerza. El tu cabello como las manadas de cabras que se parecen en Galaad.

5 Tus dientes como atajo de ovejas que suben del lavadero, las cuales paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas.

6 Tus sienes son como un casco de granada entre tu cabello.

7 Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, y las doncellas sin cuento.

8 Una es la mi paloma, la mi perfecta, única es á su madre, es la escogida á la que le parió. Viéronla las hijas, y llamáronla bienaventurada, y las reinas y las concubinas la loaron.

9 ¿Quién es esta que se descubre como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?

10 Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles, y ver si está en cierne la vid y si florecen los granados.

ESPOSA.

11 No sé; mi ánima me puso como los carros de Amnadab.

12 Torna, torna, Sunnamita; torna, torna, y verte hemos.

COMENTO.

«El mi amado descendió al su huerto.» Si de cierto sabía que estaba en el huerto su esposo, por demás era el andar á buscarlo por la ciudad y en otras partes. Por lo cual estas palabras, que en el sentido parecen ciertas, se han de entender con alguna duda haber sido dichas, como si la esposa, respondiendo á las dueñas de Jerusalem, dijese: Buscádole he por mil partes, y pues no le hallo, sin falta debió de ir á ver su huerto, adonde suele ir á apacentar; ó digamos que esta no es respuesta de la esposa á la pregunta que hicieron aquellas dueñas, sino que luego que acabó de hablallas se dió á buscar á su esposo, y saliendo de la ciudad á buscallo al campo hácia el huerto suyo, que estaba en lo bajo, sintió la voz ú otras señales manifiestas de su esposo, y arrebatada de alegría, de improviso comenzó á decir: ¡Ay! Véisle aquí al mi amado y al que me trae perdida buscándole, que al su huerto descendió. Porque ella le buscaba en Jerusalem, que era ciudad puesta en lo alto de un monte, y en los arrabales ó aldeas que están al pié se finge estar el huerto de esta rústica esposa y otros de sus vecinos, como es uso; y dice que anda entre las eras de las plantas olorosas, y que es venido á holgarse y recrearse entre los lirios y violetas. Dice mas: «Yo al mi amado, y el mi amado á mí.» Lo cual, como ya he dicho, es forma de llamar á voces, como si dijese: Hola, amado mio, ¿oisme, entendeisme?

De donde se entiende que salió á buscallo al campo hácia el lugar adó está el huerto, y sintiendo estar en él, llámale, como he dicho, para que le responda. A la cual voz sale el esposo, y viendo á su amada, y la aficion grande con que le busca, enciéndose en un nuevo y vivo amor, y recíbele con mayores y mas encendidos regalos que antes, y mas encarecidos requiebros, diciendo:

«Hermosa, hermosa eres así como Tirsa.» Encarece grandemente los loores de su esposa, porque en los capítulos de arriba, para loar la variedad de su gentileza y hermosura, la apoda á un huerto, y agora le hace semejante á dos ciudades las mas hermosas que habia en aquella tierra, Tirsa y Jerusalem. Tirsa es nombrada una ciudad de Israel, noble y populosa, donde los reyes tenian su asiento antes que se edificase Samaria. San Jerónimo, donde dice Tirsa, traslada cosa suave; y los setenta intérpretes ponen contento, sosiego, diciendo: «Hermosa eres como el contento y deleite;» y es porque miraron la derivacion y etimología del vocablo, y no lo que de hecho significa, que es aquella ciudad, así dicha por el contento y descanso que daba al que la moraba, por su asiento y habitacion de ella descansado y apacible. Jerusalem era la mas principal ciudad y la mas hermosa que habia en toda la Palestina, y aun en todo Oriente, segun sabemos por las escrituras hebreas y gentiles; tanto, que David hizo un salmo loando á la letra la grandeza, beldad y fortaleza de Jerusalem.

Pues á estas dos ciudades dice el esposo que es semejante el parecer bello y hermoso, lleno de majestad y grandeza de la esposa, diciendo: Tan grande maravilla he visto, tan hermosa eres en todo y por todo, cuanto lo es ver estas dos ciudades, en las cuales la fortaleza de sus sitios, la magnificencia de sus edificios, la grandeza y hermosura de sus riquezas, la variedad de sus artes y oficios pone grande admiracion. A la verdad, es muy al propósito para declarar el mucho espanto que pone al amor del esposo la vista de su esposa, y cuán grande y cuán incomparable y fuera de toda medida le parece su hermosura; pues para explicar lo que sentia no le venian á la boca menores cosas que ciudades, y ciudades tan populosas; esto es, cosas cuya hermosura consiste en mucha variedad y grandeza. Dice mas:

«Terrible como ejército con banderas tendidas.» No espanta menos un extremo de bien que lo que hace extremado mal; y así, para mayor encarecimiento dice á la esposa que le pone espanto, y que así le saca de sí el excesivo extremo de su belleza, que está ya á punto de romper; que tambien es decir que, de la misma manera que un ejército así bien ordenado lo vence todo y lo allana, sin ponersele cosa delante que no la rinda y sujete; así, ni mas ni menos, no habia poder ni resistencia alguna contra la fuerza y hermosura extremada de la esposa; y por esta causa añade luego:

«Vuélvete los ojos tuyos, que me hacen fuerza.» Como si levantando la mano en alto y poniéndola delante del rostro, y torciendo los ojos á otra parte, dijese: Esposa mia, no me mires, que me robas con tus ojos y me traspasas el corazon. En lo cual habiendo el esposo loado en suma la belleza de la esposa, y queriendo loalla otra vez por sus partes, comienza lo primero por los ojos, y para

loallos usa de una manera elegantísima, que no dice la hermosura de ellos, sino ruega que los aparte y vuelva á otra parte mirando, porque le hacen fuerza. En lo cual loa mas encarecidamente que si los antepusiese á las dos mas claras y relucientes estrellas del cielo. Donde dice: «Que me hacen fuerza, y me vencieron,» hay diferencia entre los intérpretes; porque los setenta, y san Jerónimo con ellos, traducen: «Aparta tus ojos, que me hicieron volar;» otros ponen: «Aparta tus ojos, que me ensobrecieron;» y los unos y los otros traducen, no lo que hallaron en la lengua hebrea, sino lo que le pareció á cada uno que queria decir, porque daba ocasion al uno y otro sentido el sonido y propia significacion de ella, que es este al pié de la letra: «Aparta tus ojos, que hicieron sobrepujarme;» porque la palabra *harhibeni* de que usa aquí el original, propiamente quiere decir sobrepujar. Esto á san Jerónimo le parece que seria volar, porque los que vuelan se levantan así en alto, y como que se sobrepujan en cierta manera; conforme á lo cual quiere decir el esposo que aparte la esposa sus ojos y no le mire, porque viéndolos, no está en su mano no irse á ella, que arrebatada y lleva tras sí el corazon como volando, sin poder hacer otra cosa, que es requiebro usado. Los que traducen: «Que me hicieron ensobrecer,» tuvieron el mismo modo de parecerles que el ser soberbio es un sobrepujarse en alto, que conforme á esto pedia el esposo á su esposa que no le hiciese aquel favor de mirarle, por no desvanecerse con él. Lo uno y lo otro fuera bien excusado, pues está claro que decir: «Hicieron sobrepujarme,» es rodeo de hablar poético, que vale lo mismo que si dijera: Sobrepujaronme ó vencieronme; y el propósito y hilo de lo que le va diciendo pedia que se dijese esto. Porque en efecto dice: Deseo contar otra vez de tus ojos; mas ellos son tan bellos y resplandecientes, y tienes en ellos tanta fuerza, que al tiempo que los miro para alaballo, contemplándolos, y queriendo recoger una á una sus propiedades y sus gracias, ellos me arrebatan el sentido, y con su luz ellos me encandilan de tal manera, que por la fuerza que el amor me hace, en esto estoy como excusado; por tanto, esposa dulcísima, vuélvelos, no me mireis, que no puedo resistirlos. Y demandando esto el esposo, demanda lo que no quiere, que es que su esposa no le mire, porque es gran placer el que siente en su vista; mas con tal demanda dice mas en su loor que si dijera muy mas por extenso todas las partes de belleza que en ellos se encierran; y estas son cosas que mejor se entienden que se pueden declarar.

Habiendo loado los ojos el esposo tan altamente por este delicado artificio, enhila tras esto las otras partes del rostro, dientes, labios y mejillas, diciendo las mismas palabras que arriba dijo; porque aquellas semejanzas son tan excelentes, que no se pueden aventajar. Dice: «Tus dientes como atajos de ovejas.» Esto dice por la blancura, por la igualdad de los dientes, y por el color y gracia y buen asiento de las mejillas, como vimos en el capítulo cuarto, donde se declara esto muy á la larga: «Sesenta son las reinas, ochenta las concubinas, é innumerables las doncellas; mas única es la paloma mia, la alindada mia, única es á su madre, ella escogida es á la que la parió.» Muestra el esposo cuán

excesivamente y con cuánta razon ame á su esposa, diciendo en persona suya, como si declarase que es Salomon rey este pastor que aquí se representa: «Sesenta son las reinas.» No está la prueba ni la fuerza del amor en amar á una persona á solas sin compañía de otras; antes el verdadero amor y mayor punto de él es, cuando, extendiéndose y abrazándose con muchos, entre todos se señala y se diferencia y aventaja claramente con uno. Lo cual declara bien el esposo en estas palabras, en las cuales, queriendo bien y teniendo afición á otras mujeres, confiesa amar á su esposa mas que á todas con un amor así particular y diferente de todas las demás, que las demás en su comparacion no merecen el nombre de amor; y aunque quiere á muchas, empero la su esposa es de él querida por una y singular manera.

Sábase del libro de los *Reyes* que Salomon usó de muchas mujeres, que, segun la diferencia del estado y tratamiento que tuvieron en la casa de Salomon, la Escritura les pone diferentes nombres: las unas nombraban reinas, porque su servicio y casa era como de tales; estas eran sesenta; otras dellas, que no eran tratadas con tanta ceremonia, se llamaban concubinas; y no se ha de entender que eran mancebas, como algunos, engañándose, creen y piensan; antes acerca de los hebreos eran tambien mujeres legítimas, pero mujeres de esta manera, que habian sido antes y primero esclavas ó criadas, y su amo las tomó por mujeres; mas no se celebraban en el casamiento las bodas por escrito ni con las ceremonias legítimas que se usaban en el casamiento de las otras que eran libres; y estas se añaden á las mujeres principales, y los hijos que de estas concubinas nacia no sucedian en los mayorazgos ni herencias capitales; pero podia bien el padre hacelles algunas mandas y donaciones para su sustentamiento, como aparece claramente en el *Génesis*, 25 y 35, de Cetur y Agar, mujeres de Abraham, que la Escritura llama allí concubinas. Pues de estas tenia ochenta Salomon, entendiendo por este número muchas y muchas mas, segun el uso hebreo. Las demás, y bien queridas de Salomon, hacian el tercero orden, y destas no habia número. Pues dice agora que entre tanto número de mujeres, la que en amor y servicio y preeminencia se aventajaba á todas es la una, que es la hija de Faraon, de quien se habla en este cantar en persona de pastora.

«Una, dice, es mi paloma.» Y es así, que el amor, como es unidad, no apetece otra cosa sino unidad; y así, no es firme ni verdadero cuando se pone en igual grado por muchas y diferentes cosas. El que bien ama, á sola una cosa tiene particular amor, y el que quiere juntamente amar de veras y no limitar su amor á una sola cosa, debe emplear en Dios su voluntad, que es bien general que lo abraza y comprehende todo, como, por el contrario, todas las criaturas son limitadas y diferentes entre sí, y á las veces unas contrarias á las otras, de arte que el querer bien á una es querer mal y aborrecer á otras. Dice: «Mi paloma y mi alindada,» y no mi esposa, para hacer mostrar en la manera de nombrarla la razon que tenia de amarla con tan particular amor y de hacelle tan grandes ventajas.

«Única es á su madre, escogida á la que la engendró.» Remeda en esto la comun y vulgar manera de ha-

blar, que es decir: Como la hija amada es todo el regalo y amor de su madre, así es probada y querida mi esposa con la misma singularidad y diferencia de amor.

«Viéronla las reinas.» Grande y nueva cosa es conocer y no envidiar tanto bien las demás mujeres de Salomon á la esposa, porque lo son de su natural envidiosas todas las mujeres entre sí extremadamente; mas en las cosas muy aventajadas desfallece la envidia. Y muestra en esto el esposo que no es afición ciega la que le mueve á querella, sino razon tan clara y de tanta fuerza, que las otras mujeres, que de su natural la habian de tener envidia, confiesan llanamente que reconociéndola por tal, la loan á boca llena; y así, refiriendo las palabras de otras mujeres, dice:

«¿Quién es esta que arriba mira, como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol?» Que aunque son breves, son de grande loor, porque juntan tres cosas, la mañana, luna y el sol, que son toda la alegría y la belleza del mundo. Pues es como si dijese así: ¿Quién es esta que viene por allí mirando hácia nosotros, que no parece sino el alba cuando asoma rosada y hermosa? Y es tan hermosa entre las mujeres como la luna entre las menores estrellas; antes, por mejor decir, es resplandeciente y escogida entre todas las luces como el sol entre las lumbres del cielo; que, así como el sol es príncipe entre todas las luces soberanas, y escogido de tal manera que todos se aprovechan y participan de su lumbre, así esta es todo dechado de toda beldad, y la que á ella pareciere, mas bella será, y juntamente con su hermosura, tiene una majestad y gravedad, que no parece sino un escuadron, que á todos pone reverencia y temor. Y en decir «escogida como el sol», alude á la gran belleza de ella, y á la grande estimacion en que su esposo la tiene mas que á las otras, y es muy gentil manera de loar esta, diciendo primero *alba*, que es hermosa y resplandeciente, y luego *luna*, que es mas, y luego *sol*, que es lo sumo en este género, y los artifices de bien hablar loan mucho este modo de decir, y lo llaman encarecimiento acrecentado.

«Al huerto de los nogales descendí, á ver los frutos de los valles, y si florecia la vid y si florecian los granados. No sé; la mi alma me puso como los carros de los príncipes de mi pueblo.» Estas palabras, los mas atribuyen á la esposa, en que respondiendo al esposo, le da cuenta de cómo vino á aquel huerto donde él estaba, que llama del nogal, por alguno que en él habia, á ver los frutales si brotaban; y que esto lo dice por uno de dos fines: el uno, que sea como una excusa y un color de ser venida por aquella parte, que aunque en realidad de verdad la traia el amor y deseo que tenia de verse con su esposo, pero es muy propio al natural y genio de las mujeres dar muestras diferentes de sus deseos, y fingirse como olvidadas de lo que mas buscan; y así como respondió á lo que el esposo le pudiera preguntar de su venida, dice: Vine á ver este mi huerto, y á ver si los árboles echan ya flor; pero un amor tan descubierto como (segun lo que hemos visto) era este, no da lugar á semejante disimulacion; y así, es mejor entender que estas palabras se dicen por otro fin, que es que sepa el esposo la causa de su cansancio de la esposa, como se verá en las palabras que dice: «No sé;

E. XVI-II.

mi alma, etc.» Habia venido corriendo, y estaba de la prisa sin fuerza y sin aliento, de lo cual juntamente da cuenta y se queja á su esposo; que las personas que bien se quieren, y mayormente las mujeres, con lástima regalada cuentan luego sus cuitas, y es como si dijese: ¡Ay esposo mio, tan deseado y tan bien buscado de mí, y qué cansada estoy y qué muerta de la prisa que he traído! Que luego como sentí que andábades en el huerto, en el cual hay grandes nogales y parras y otros frutales, luego en este punto descendí aguijando, y he venido tan presto, que yo no sé cómo vine ni cómo no, mas de que mi amor me aguijó tanto, y me puso en el amor tanta fuerza y ligereza, que no me parece sino que he venido como en un ligerísimo carro de los que usan los príncipes y poderosos de mi tierra ó pueblo.

Parece mejor que estas palabras, «descendí al huerto,» las diga el esposo, y que en ellas responde á la secreta queja que verisimilmente se presupone tener su esposa de él, por haber llegado á su puerta y Hamádo-la, y despues pasádose de largo, de donde nació andar ella perdida buscándolo; á lo cual, ganándole por la mano, responde que, como se tardó en abrirle, quiso ver el estado de su huerto entre tanto, y proveer á lo que fuere necesario, y con esta disculpa del esposo vienen muy á pelo las palabras que siguen, á que le responde la esposa:

«No sé; la mi alma, etc.» Mi alma, muchas veces es lo mismo que mi afición y mi deseo. «Los carros de Aminadab,» entiéndese cosa ligera y que vuela corriendo, que *Aminadab* no es nombre propio de alguna persona ó lugar, como algunos piensan; que quiere decir, de mi pueblo príncipe, y esto dice, porque en tierra de Judea habia pocos caballos, toda la demás gente usaba ir cabalgando en asno, sino era los principales y poderosos de ella, que hacian traer de Egipto caballos muy buenos y muy ligeros, y andaban en carros de cuatro ruedas, que traian aquellos caballos. Pues dice: No sé lo que ha sido, ni lo que te has hecho en dejarme así, ni la causa que te movió á ello, si no fué querer ver tu huerto ó alguna otra cosa; en fin, no sé nada; esto sé, que el deseo mio y el amor entrañable que te tengo, que posee mi alma y la rige á su voluntad, me ha traído en tu busca luego que te sentí, volando como en posta. Y contando esto, dícele lo que pasó con las mujeres que la acompañaban, viéndola ir con tanta presteza, que la decian:

«Torna, torna, solimitana.» Y no se ha de entender, como avisan los que tienen mejor entendimiento en estas cosas, que son las dueñas las que dicen agora estas palabras, sino hase de entender que las dijeron antes, esto es, cuando vieron que se les partía tan apresuradamente; y que la esposa las refiere agora al esposo, contándole esto y todo lo demás que con ellas pasó, pues acaba de decir que vino volando en busca de su esposo. Dice que las compañeras, viendo que se apartaba de ellas, con apresuramiento la comienzan á llamar, y pedilla que volviese y no se diese tanta prisa, como que no la habian visto del todo ni gozado enteramente, ni considerado bien su beldad; y así la dicen: «Tórnate, tórnate.» El redoblar unas mismas palabras es propio de todo lo que se dice y pide con afición. So-

limitana es como decirle jerosolimitana ó mujer de Jerusalem, como llamamos romana á la mujer de Roma, y esto porque Jerusalem antiguamente se llamó *Salen*, como la Escritura la llama donde dice: *Melchisedech rex Salem*; y David la llama también así en el salmo 76. Pues á este ruego de las demás responde la esposa, y dice:

«¿Qué mirais en la solimitana en coros de escuadrones?» Lo cual se declara diferentemente. Algunos ponen demanda y respuesta, de manera que volviéndose hacia las dueñas que llaman con tanta instancia les diga: ¿Qué es lo que quereis en mí? Responden ellas: Miramos en tí un coro de escuadrones, esto es, una cosa de tan buen parecer y tan poderosa para vencer á los que te miran y sujetarlos á tu mandado, como lo es un escuadron puesto en concierto y ordenanza. Lo que tengo por mas acertado, es hacer todo una cláusula y una sentencia, en que diga á la esposa de esta manera: Como me llamaron, volvíme hacia ellas, las cuales, por mirarme mejor, divididas de la una parte y la otra, se pusieron en dos hileras como en coros; yo entonces díjeles: ¿A qué me mirais así, puestas unas de una banda y otras de otra, como escuadron que está puesto por sus hileras? De arte que se presupone que se volvió á ellas, y que se dividieron en dos partes para vella mejor. Y llámalas escuadron porque eran muchas, y coro por estar así divididas. Lo que cuenta habelles respondido, se cuenta en el capítulo que se sigue, que es la mayor parte de él.

CAPÍTULO VII.

ESPOSA.

1 ¿Qué mirais en la Solimitana, sino coros de escuadrones? ¿Cuán lindos son tus pasos con el calzado, hija del Príncipe! los cercos de tus muslos como ajorcas labradas de mano de maestro.

2 Tu ombligo como taza de luna que está vacía. Tu vientre como monton de trigo cercado de violetas.

3 Los dos pechos tuyos como dos cabritos mellizos de una cabra.

4 El tu cuello como torre de marfil. Tus ojos como estanques de Esebon, junto á la puerta de Barrabin. Tu nariz como la torre del Libano, que mira frontera de Damasco.

5 La cabeza tuya sobre tí como el Carmelo; la madeja de tu cabeza como la púrpura, el rey atado en las canales.

6 ¡Cuánto te alindaste! cuánto te enmelaste, amada, en los deleites!

7 Esta tu disposicion semejante es á la palma, y tus pechos á los racimos.

8 Dije: Yo subiré á la palma y asiré sus racimos, y serán tus pechos como los racimos de la vid, y el aliento de tu boca como el olor de los manzanos.

9 El tu paladar, como vino bueno que va á mi amado á las derechas, hace hablar con labios de dormientes.

10 Yo soy de mi amado, y su deseo á mí.

11 Ven, amado mio, salgamos al campo, moremos en las granjas.

12 Levantémonos de mañana á las viñas, veamos si florece la vid, si se descubre la menuda uva, si brotan los granados; allí te daré mis amores.

13 Las mandrágoras si dan olor; que todos los dulces frutos, así los nuevos como los viejos, amado mio, los guarde para tí.

COMENTO.

«¿Qué mirais en la solimitana, etc.?» Véase su explicacion á fines del capítulo antecedente.

«Cuán lindos son tus pasos.» Prosigue en su cuento la esposa, y dice á su esposo que, como las dueñas se llegaron á que se detuviese un poco, que volvió á ellas; y ella por su ruego les volvió la cara, preguntándoles qué era lo que de ella querian, y la causa por qué la miraban así. Ellas, como dando razon de la justa demanda y de su ardiente deseo, que respondiendo, comenzaron á loar con gran particularidad y encañamiento su gracia y gentileza, refiriendo todas sus perfecciones por menudo, desde la mayor hasta la menor. Lo cual debe responder á la admiracion de la hermosura que pusieron, y los loores que la gente del pueblo le dió cuando, viniendo de Egipto, entró en Jerusalem la primera vez. Pues comienza de los piés, cuya ligereza y presteza acaba de ver entonces, y va hasta la cabeza, por ir á lo mayor de lo menor, que es galana manera de loar; y así dice:

«¿Cuán lindos son tus piés en tu calzado, hija de príncipe!» Loan el buen aire y movimiento del pié bien hecho y calzado justo, y que venia como nacido á la esposa. Y dicho en forma de admiracion, quiere decir que eran extremadamente bellos, y no así como quiera, «hija del Príncipe,» es decir, princesa; que, demás de convenirle por su linaje y estado, es nombre que en comun uso se da á todos los que loamos de alguna excelencia. Demás de esto, se ha de advertir que en este lugar la palabra hebrea no es *Melech*, con la cual se suelen nombrar los reyes comunmente, sino es *Nadib*; lo cual los setenta intérpretes, no sin misterio, en su traduccion la dejaron así sin trasladalla. *Nadib* propiamente quiere decir generoso de corazon y liberal; y como nosotros en la lengua española al príncipe llamamos príncipe, porque de hecho es principal entre los demás, como lo suena la voz; entre los hebreos se llama *Nadib*, que es decir, el noble, el liberal, el de corazon generoso, porque estas son propias virtudes del príncipe, en que se ha de señalar entre todos; pues segun el origen de la palabra hebrea y segun su sonido, es aquí la esposa hija del noble, del generoso. Y juntado á esto ser uso muy recibido en aquella lengua que cuando quiere dar alguna virtud ó vicio, lo llama hijo de ella, como es por pacífico hijo de paz, é hijo de guerra por lo belicoso; así, segun esto, ser la esposa hija de franco y generoso, es decir que lo es ella; y llámanla noble y gallarda de corazon, y así, dirá la letra: «¿Cuán lindos son tus pasos! Cuán gentiles tus piés!» ¡Con qué gracia los meneas, la del corazon gallardo y generoso! Como si dijese que en el gentil meneo de su cuerpo mostraba bien la generosidad y gallardía de su corazon, porque esta virtud mas que ninguna otra se descubre en el movimiento y aire de todo el cuerpo. En la verdad del espíritu tiene gran misterio y gran verdad en llamar á todos los justos y á la Iglesia hija del noble y del franco, porque son hijos de Dios, no por haber nacido así ni por merecello por sus obras, sino por sola la franqueza y liberalidad de Dios; que puesto caso que el

justo que es ya justo y hijo merece mucho mas con Dios, mas esto, que es ser hijo, ninguno lo mereció por sí, y Cristo, derramando su sangre liberalmente por nosotros y haciéndonos gracia de ella, lo alcanzó para todos.

«Síguese: El cerco de tus muslos como ajorcas muy bien labradas de mano de maestro.» Y esto dice por la espesura y macidez de las piernas, que no son flojas, sino rollizas y bien hechas y redondas, en tal manera, que si hiciese un artífice una ajorca ó collar de muy perfecta redondez y se lo ciñese á las piernas, vendria muy justo y se hincharia toda la carne de ellas. Donde decimos cerco ó redondez algunos entienden conjunturas y artejos ó goznes de las rodillas donde juega el muslo; y así, trasladan: «El juego de tu muslo, etc.» No quiere decir mas que lo que suena, que es la redondez de los muslos y el cuerpo de ellos, que es una maciza y rolliza hermosura y de muy gentil proporcion; lo cual pusieron los setenta intérpretes con mucha propiedad y significacion, diciendo en griego: *Rytmoi top morion*; porque *rytmos* es toda buena proporcion y compostura de partes entre sí. Bien se descubre sobre los vestidos el grueso y buen talle de los muslos, mayormente cuando se va de prisa y contra el aire. Mas lo que se sigue, no sé cómo las compañeras de la esposa ni de dónde lo pudieron adivinar. Dicen:

«El tu ombligo como taza de luna que no está vacía.» Vaso de luna, es decir, hechura de luna, esto es, perfectamente redondo. *Mixtura* entiéndese de vino mezclado con agua y templado; quiere decir: Sobre estas dos hermosas columnas de tus piernas se asienta el edificio de tu persona. La primera parte de él es el ombligo y vientre tuyo, el cual está muy hermosamente proporcionado, porque no parece sino una taza tan redonda como la luna, y que esta taza está siempre llena de mixtura, que es vino aguado para beber; así, ni mas ni menos, es el tu vientre redondo y bien hecho, ni flojo ni flaco, sino lleno de virtud, que nunca le falta, y para mas declarar esta loa del vientre torna á decir:

«Tu vientre como monton de trigo rodeado de violetas;» y es muy gentil apodo este, porque el monton de trigo está por todas partes redondo y igual en redondez, que en ninguna parte de él hay hoyo ni seno alguno, porque luego los granos lo hinchen; y así, dice ser de todas partes lleno y levantado el vientre de la esposa. Por el ombligo, como por parte, entiendo el vientre que Aristóteles y Galeno llaman inferior, que es así redondo; la parte mas alta, que toca en el estómago y se avecina del pecho, es de quien dice: Tu vientre como monton de trigo cercado de violetas; que es añadir hermosura á hermosura. Suben del vientre á los pechos, viniendo por su orden en la fábrica del cuerpo, y dicen:

«Tus dos tetas como dos cabritos mellizos de una cabra.» Ya dijimos arriba sobre esta comparacion. Sobre los pechos se levanta el cuello; y así añaden:

«El tu cuello como torre de marfil,» que es llamarle alto, blanco, liso y bien sacado, que es todo lo bueno que ha de tener el cuello para ser hermoso. La Igle-

sia, como lo enseña el Apóstol, es como un cuerpo, cuya cabeza es Cristo, en la cual la diferencia de los estados y vidas hacen lo mismo que los diferentes miembros en el verdadero cuerpo. El cuello por donde se recibe el aliento y se despide la palabra, son en la Iglesia los predicadores, que reciben el aliento del Espíritu Santo, y lo comunican por palabras á los demás; pues los tales han de ser como torre de marfil, esto es, firmes, blancos y sin mancha ni engaño en su doctrina; que ni dejen por temor decir rasamente lo que deben, ni escurezcan con afectados colores, con palabras enderezadas á solo el gusto de los oyentes la sencillez y pureza de la santa doctrina y verdad no artificiosa del Evangelio. Dicen mas:

«Los tus ojos estanques de Esebon junto á la puerta de Barrabin.» Vese en esto que los ojos de la esposa eran grandes, redondos y bien rasgados, llenos de sosiego y resplandor; que todas estas propiedades se muestran en un estanque lleno de agua clara y sosegada. Esebon es una ciudad fresca de Israel, la cual ganaron los hebreos á Seon, rey de los amorreos (números 21); y estos estanques que aquí dice la letra están junto á una puerta de la dicha ciudad que se llama Barrabin, que quiere decir hija de muchedumbre; y llamábase así porque en entrando por ella estaba luego una plaza grande y capaz de mucha gente, que, segun parece de muchos lugares de la Escritura, antiguamente las plazas y las casas de consistorio, agora están en medio de la ciudad, y entonces junto á las puertas de ella; y como era grande y capaz, su nombre de la plaza era Barrabin, que es hija de muchedumbre, porque los hebreos en su uso y manera de hablar se sirven del nombre de hijo para diversas cosas, como para decir muy sabio, dicen hijo de sabiduría, y por muy malo, hijo de maldad. Dicen luego, loan-do lo demás:

«El bulto de la nariz como la torre del Libano.» San Jerónimo y todos los demás declaran ó trasladan aquí tu nariz, y la palabra hebrea, que es *aph*, recibe el uno y el otro sentido, y quiere decir nariz, y también toda la cara y vulto, y lo que en español llamamos *faces*; y de estas dos cosas parece mejor entendamos en este lugar la postrera de ellas; porque comparar la nariz á la torre, no sé si es cosa muy conveniente; y es lo mucho si la comparacion se hace al semblante de la esposa, levantado y hermoso y lleno de majestad y gallardía. Si entendemos la nariz, dirémos así: La tu nariz es semejante á la torre de Libano, que mira hacia Damasco, la cual torre estaba puesta en aquel monte tan nombrado y celebrado (*Isaias*, cap. 7) por sus frescuras, y era muy fuerte, porque servia de atalaya en las fronteras de Damasco, que era cabeza de Siria. Así dice: Está tu nariz hermosa y bien hecha, que se levanta fuera del graciosísimo rostro como aquella hermosa y fuerte torre que está asentada sobre el fresco monte del Libano y se levanta sobre él.

«Tu cabeza sobre tí como el Carmelo.» La última parte de la persona es la cabeza, considerando desde los piés; y llamamos en este lugar cabeza al casco de ella, donde nacen los cabellos, y por esto la letra dice: La tu cabeza, que está sobre tí; que es decir: Lo último de